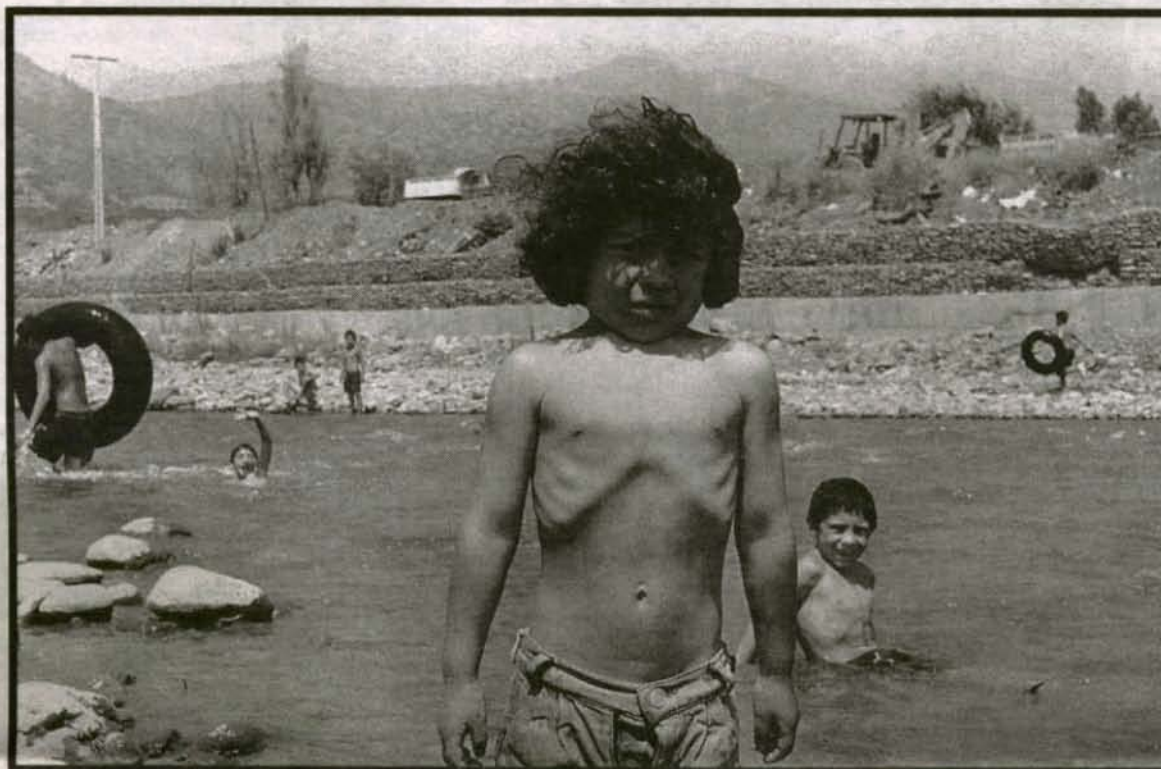


El hombre que pudo vencer al Mapocho

Los ya famosos muchachos que viven en las riberas del torrente capitalino, sacan a luz una realidad que está vigente desde principios del siglo pasado y que aparece descarnadamente descrita en la novela "El Río".



MAURICIO QUEZADA

de los códigos y simbologías reinantes entre quienes viven del torrente que cruza la ciudad de oriente a poniente. "En nuestros dominios abundaban huesos, tarros, vacíos, esperanzas y desencantos. El río frecuentemente amanecía de buen humor y traía cosas aprovechables o comerciales. En el peor de los casos nos regalaba trozos de leña que una vez secos servían para nuestras fogatas invernales", agrega.

Perro, choza y miseria

La administración del clan -compuesto por menores de otras comunas, historias y destinos- era uno de los elementos más intrincados de ese universo: "Formábamos una sociedad muy singular. Lo compartíamos todo: perro, choza, miseria y risas. De vez en cuando también debíamos compartir las carreras que dábamos para huir de Mostachín, el paco del puente".

Este proceso de crecimiento acentuó el respeto por las normas de los bajos fondos. Gómez Morel fue un delincuente con ética. "El pegador es violento, astuto, bebedor, mujeriego y bailarín. Lo atrae el encanto del hampa, pero no roba: sólo se atreve a matar y pega puñaladas a mansalva. Por eso el río no lo acepta. Se siente despreciado por el hampa y por la ciudad, tal vez por eso se revuelve contra el más débil". La fauna de despreciados era completada por proxenetas, prostitutas y cogoteros noctámbulos.

Por el texto transitan personajes como Panchín, Puntete y Zanahoria, socios de Gómez en la misión de buscar alimentos y dinero para sobrevivir. Robaban con lanzazos, pululaban entre la Vega y reducían los objetos sustraídos en una cadena interminable de manos. Muchas detenciones en los calabozos, muchos conflictos con sus padres, con sus sacerdotes, pero nada lo hizo abandonar el río, su universidad, su casa. La novela termina cuando Lucho decide dejar las riberas y aventurarse en una carrera delictual. Perú fue su destino.

En 1962, con 45 años, Alfredo Gómez Morel hace una visión retrospectiva de su trayecto: "Vengo de un mundo muy particular en el que se miraba desde arriba a los seres humanos. Succedía a veces que se nos perdían de vista, y a duras penas lográbamos divisar el valor que contenían. De los hombres, nos importaban la distracción o ingenuidad del rostro y la plenitud de su billetera; de las mujeres, los senos y la cartera, únicamente".

"Cuando divisé el río sentí una clara impresión de libertad", escribió Gómez Morel en su novela "El Río".



El delincuente convertido en escritor y periodista.

Rey del hampa

Cuando abandonó el río Mapocho, Alfredo Gómez Morel inició una carrera delictual que lo llevó por las ciudades más importantes de Latinoamérica. Ejerce en Perú, Venezuela, Cuba y Colombia. En este último país se establece diez años a partir de 1939, periodo suficiente para formar una pandilla multinacional que aprovecha la convulsión reinante.

La vida lo lleva a Buenos Aires donde cronistas aseguran que se desempeñó como guardaespaldas de Juan Domingo Perón. Gracias a este papel se transforma en el único testigo del suicidio de Juan Duarte, hermano de Evita.

Con estadías en casi 20 cárceles extranjeras, Gómez vuelve al país con más edad y algo cansado del agitado periplo. Recibe reconocimientos del mundo literario. Obtiene galardones por cuentos y poemas, participa en revistas como columnista, y continúa con una producción tardía, pero fructífera.

Aunque aparenta enriellarse, Alfredo Gómez no reniega de su propia naturaleza: "Sigo sintiendo deseos de delinquir. No estoy regenerado. No busco redimirme porque haya fracasado como delincuente. Triunfé y fui rey del hampa continental, pero fracasé como hombre, como ser humano", confiesa en un artículo periodístico.

Tras infructuosos intentos por acceder a algún espacio permanente de publicación de columnas, este escritor marginal, testimonial y esencial fallece en San Rafael, Región del Maule, víctima de una cardiopatía.

una clara impresión de libertad. Me puse a mirar hacia abajo, afirmando en una de las barandillas del puente. Varios pelusas jugaban al caballito de bronce", relata en su libro insigne. Era principios de los años 30.

Esa primera vez en que nació su

interés por la residencia ribereña de los *pinganillas*, es destacada por Gómez como un hito personal. "Los seguí. El otro grupo siguió en dirección al puente y nosotros entramos en una casucha de lata y cartón, situada en el medio de una de las bifurcacio-

nes naturales...Entramos: jergones, sucios, tarros, vacíos, hedor. Dormí hasta el otro día. Las pulgas, chinches y piojos no me hicieron mella. El día había tenido muchas emociones", describe.

Gradualmente en el relato, Lucho -el alter ego del escritor- se entera